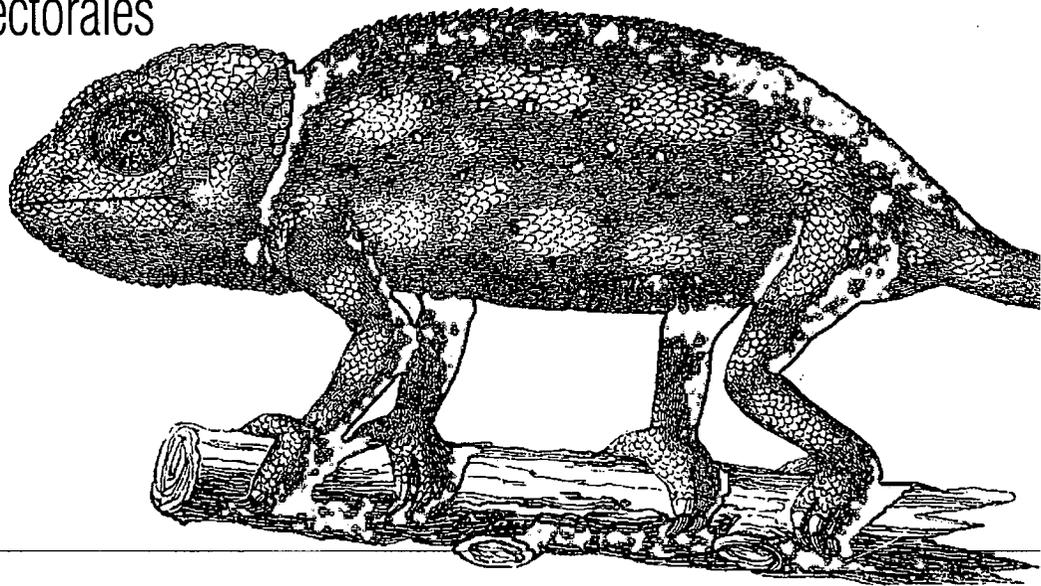


Ajustes preelectorales



JOSÉ VISTUOSO

Pareciera que vamos hacia la destrucción de los actuales partidos políticos.

Por su reacción pragmática y utilitarista hasta sus últimas consecuencias, están convirtiéndose en maquinarias que sólo buscan conquistar poder a costa de cualquier precio.

Esta tendencia es suicida.

La presente campaña electoral está poniendo en clara evidencia el viaje hasta el fondo del pragmatismo que ha emprendido la llamada «clase política» venezolana. Primero, nos sorprendió La Causa R con su apoyo a Irene Sáez, que más tarde secundó COPEI, aun a costa del sacrificio de uno de sus más representativos exponentes. Siguió AD, quien proclamó como su candidato presidencial a Alfaro Ucero, buscando con ello, según algunos analistas, garantizar la salvación del partido en medio de la jauría de los intereses internos. Cuando se escriben estas líneas, el MAS acaba de proclamar a Hugo Chávez como su candidato presidencial, con el voto salvado de sus líderes históricos, después de haber calculado suficientemente las ventajas y beneficios electorales de esa nominación.

Al margen de las bondades y vicios de la actual lista de candidatos a la Presidencia de la República, lo que sorprende es que la razón fundamental por la que tal o cual organización política selecciona a un miembro de esa lista es el cálculo utilitario y pragmático del beneficio electoral, prescindiendo de la tradición ideológica, de la identificación entre candidato y proyecto nacional y hasta de la pertenencia a la organización. Lo único que parece prevalecer como razón de fondo es el balance de lo que sostienen las encuestas que los medios de comunicación se encargan de publicitar.

DE DÓNDE VENIMOS Y HACIA DÓNDE VAMOS

Uno de los componentes de la crisis política por la que atravesamos es la ruptura del modelo de representación y de legitimidad que se estableció en el país desde 1958. Ese modelo se edificó sobre la existencia de un número relativamente pequeño de organizaciones confiables con capacidad para agregar, canalizar y representar los intereses de diversos sectores de la población. Estas organizaciones debían ser conducidas por un liderazgo hábil, representativo y capaz de generar credibilidad gracias a su gestión.

En el transcurso de estos cuarenta años de democracia, la sociedad venezolana

se ha ido haciendo más compleja. Los intereses sociales se han diversificado, han aparecido nuevas exigencias y demandas, y han aparecido nuevas formas de expresión política. Las dificultades económicas de estas dos últimas décadas y la puesta en escena de un nuevo modelo económico a partir de 1989 han traído consigo un serio cuestionamiento al modo como el liderazgo político y sus organizaciones han administrado y gerenciado el Estado venezolano. Además de las características propias del contexto, conspira contra las organizaciones partidistas, especialmente AD y COPEI, el afianzamiento de los vicios de cogollocracia, clientelismo, corrupción, pragmatismo, etc., en sus estructuras y procedimientos.

Así, los partidos, y las organizaciones políticas que gravitaban alrededor de ellos, han ido perdiendo su capacidad de agregar, canalizar y expresar los intereses y demandas de la población venezolana. Con ello, se ha puesto en juego hasta su propia legitimidad y su capacidad de representación. Los cambios en la legislación electoral y la descentralización de los gobiernos regionales y locales han provocado la descorporativización de la política venezolana, personalizándola más en liderazgos concretos. Los medios de comunicación han influido en gran medida sobre la opinión pública ahondando el cuestionamiento generalizado sobre los partidos políticos y su radio de acción.

Los intentos de golpe de Estado en 1992 y su respaldo difuso en la población se convirtieron en un terremoto político

